

Frato, Francesco Tonucci, fue el encargado de presentar el Manifiesto y hemos traducido las notas que amigablemente nos ha cedido

Apuntes sobre el manifiesto

Francesco Tonucci



Presentación del Manifiesto en Sevilla.

Sobre los contenidos del Manifiesto *No es verdad* de la red IRES subrayo dos puntos principales:

La escuela de antes. En nuestros países es habitual la nostálgica observación de que la escuela de antes era más seria y más eficaz que la actual. De esta observación nacen las otras, sobre la mala calidad de los estudiantes actuales y sobre la escasa profesionalidad de los profesores.

La escuela de antes

La escuela de antes era una escuela para pocos y su función principal era completar la educación básica que ya garantizaban las familias. Los alumnos que entraban en ella, especialmente los que continuaban el recorrido escolar, procedían de familias motivadas y cultas, con las que

aprendían herramientas culturales básicas en el uso cotidiano de sus padres: lectura, escritura, discusión sobre historia contemporánea, viajes, museos, conciertos, etc. Para estos alumnos lo que sus familias pedían de la escuela era que completara la formación básica. Por eso era comprensible y aceptable que la escuela se dedicara a disciplinas aparentemente excéntricas como la hermosa caligrafía, la oratoria, la historia antigua, la geografía exótica, etc. Pero esa opción resulta razonable si se piensa en que aquellos chicos se preparaban para cubrir puestos de responsabilidades en la vida política, científica y académica de su país. La mayoría de

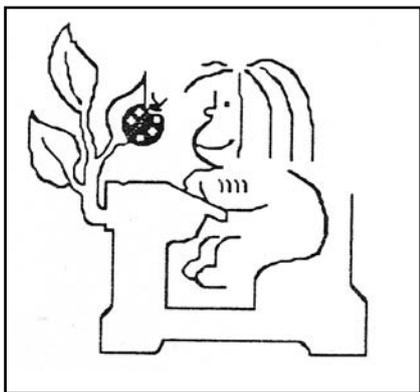
los niños quedaban fuera de la escuela.

Frecuentemente se hace notar, casi como un chantaje, que de aquella escuela venimos nosotros, que la estamos criticando ahora tan duramente, y que por eso no deberíamos considerarla de una manera tan crítica. Pero habría que preguntarse dos cosas: cuánto de lo que hoy sabemos se lo debemos a la es-





cuela y cuánto, sin embargo, lo hemos tenido que aprender, no obstante la escuela; y cuántos se quedaron fuera de la escuela, mientras nosotros pudimos aprovecharnos de ella.



La escuela de hoy

La gran revolución democrática de la segunda mitad del siglo pasado ha garantizado a todos los niños el derecho a la educación y efectivamente hoy en Italia y en España casi la totalidad de los pequeños ciudadanos, no sólo van a la escuela, sino que completan la obligación escolar. Pero, por desgracia, la escuela no ha sido capaz de transformarse de una manera coherente con las nuevas garantías constitucionales y permanece sustancialmente siendo para pocos. Todos entran, pero pocos consiguen aprovechar la gran oportunidad que la escuela debería representar. Es todavía frecuente escuchar a profesores que dicen a los padres: "lo siento, pero su hijo no me sigue", "su hijo no tiene buena disposición", "ustedes en la familia no le atienden". Frente a estas frases pienso siempre en un médico de hospital que le dijera a una madre: "lo siento señora, pero su hijo está enfermo; no sé qué hacer. Si estuviera sano..." Pero si estuviera sano

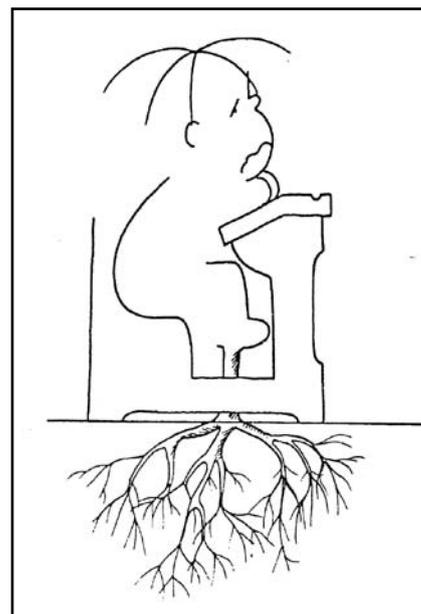
no estaría en el hospital. En el hospital tenemos necesidad de buenos médicos, capaces de curar a los enfermos y sin la ayuda de sus familias. Hoy tenemos necesidad de buenas escuelas capaces de educar a los niños que no tienen buena voluntad, ni tienen capacidad ni familia capaz de ayudarlos.

El artículo tercero de la constitución italiana no dice sólo que todos los ciudadanos son iguales, sino que es *tarea de la República remover los obstáculos que limitan la libertad y la igualdad*. Y la escuela es ciertamente uno de los instrumentos potencialmente más eficaces para obtener este resultado. Pero para hacerlo, la escuela debería convertirse en la escuela de todos. El problema principal es que la escuela continúa siendo un complemento de algo que ya no existe o que no existe ya en la gran mayoría de los casos. Hoy van a la escuela todos los niños, pero la mayoría viene de familias en las que no hay libros, donde ninguno lee ni escribe, donde no se razona con los niños, no se visitan los museos ni se frecuentan los conciertos. Para estos niños la escuela debería hacerse cargo, antes de pensar en sus programas, de ofrecerles las bases culturales que en otro tiempo garantizaban las familias. Desde la escuela infantil habría que presentar a los niños modelos de comportamiento culturales, como la lectura en voz alta, oír música, escuchar las experiencias y conocimientos de los otros niños, el uso de los diversos materiales.

Para que la escuela sea de todos tendría que estar abierta al más amplio abanico de lengua-

jes y no ser selectiva respecto a sólo los lenguajes formales, literales y lógicos. Debería acoger y garantizar los lenguajes expresivos, los corpóreos, las habilidades manuales, las actitudes creativas, de manera que cada niño pueda reconocer la escuela como su escuela, donde sus capacidades se vean acogidas y respetadas.

La escuela de antes, incluso porque era para pocos, era capaz de asegurar un puesto de trabajo. Hoy ya no. Creo, sin embargo, dos cosas fundamentales: una, que para los mejores siempre hay un puesto de trabajo; dos, que cada persona, y por tanto cada niño, tiene un ámbito



de excelencia, algo que puede hacer mejor que los demás y que puede darle satisfacción y felicidad. La escuela debería asumir como su principal objetivo ayudar a cada niño a descubrir su excelencia y a trabajar en valorizarla. Sobre ella podrá edificar su futuro, su trabajo, su felicidad.

Por consiguiente es una tontería ponerse el problema de si los alumnos de hoy son mejores



o peores que los de hace tiempo. Los alumnos de hoy son todos. Es evidente que si son todos son distintos de cuando eran pocos. Pero la escuela ha de ser capaz de ser para todos.

Los profesores

Y vengamos al problema de los problemas. Durante muchos años (en Italia desde los primeros años 70) nuestros países han creído poder resolver los defectos de la escuela cambiando leyes, reglamentos y programas. Se ha creído poder obligar a la escuela a ser mejor cambiando su arquitectura de ciclos, adelantando su comienzo o aumentando su obligatoriedad, modificando los programas, los libros de texto, los sistemas de evalua-

ción, añadiendo nuevas disciplinas, etc. Pero no ha funcionado; nuestras escuelas (la importante, media y superiores) continúan estando en los últimos puestos de las clasificaciones internacionales. La verdad es mucho más simple: la escuela será mejor, si los profesores son buenos profesores. Un buen profesor no puede evitar hacer una buena escuela por malas que sean las leyes (las leyes malas hay que violarlas, si es necesario). Un mal enseñante no podrá hacer una buena escuela por muy buenas que sean las leyes. Y por desgracia, en estos 30 años de frenéticas reformas escolares, no se ha hecho prácticamente nada para mejorar la formación de los docentes. Ésta creo yo que debe ser la verdadera

reforma: dedicar todos los recursos y energías a mejorar la calidad de los docentes.

En su *Carta los jueces* don Milani escribe: *“la escuela está fuera de vuestro ordenamiento jurídico. Por un lado, el chico es nuestro inferior, porque debe obedecernos; y por otro, es nuestro superior, porque decretará mañana leyes mejores que las nuestras; así que el maestro, en lo posible, debe ser profeta, escrutar los signos de los tiempos, adivinar en los ojos de los chicos las cosas bellas que ellos verán claras mañana y que nosotros sólo vemos confusamente”*. Así es, lograr que los profesores sepan adivinar en los ojos de los chicos y prepararlos para un futuro que nosotros hoy no podemos conocer.

Cómo hacer

No me parece tan difícil. Durante estos decenios la investigación y la reflexión psicopedagógica han establecido un sustancial acuerdo sobre el modelo educativo que hoy se refleja también en la actividad legislativa a que nos referíamos. Creo que sería difícil objetar, si digo que la escuela que queremos debería:

- garantizar una educación científica y no dogmática.
- lograr que cada alumno se sienta protagonista.
- utilizar el método de la investigación en vez de la transmisión y repetición.
- desarrollar la capacidad de reconocer y de resolver problemas.
- promover la creatividad, ya sea en la expresión como en la actitud científica.
- reconocer y valorar la multiplicidad de lenguajes.
- desarrollar la pasión por la lectura, por la escritura, por el conocimiento.
- promover la capacidad de trabajar en grupo, sumando capacidades y contribuyendo a promover la cooperación y la solidaridad como base de una educación para la paz.

- acoger y valorar todas las diversidades (de género, de edad, de capacidades, de cultura, de religión) como un valor.
- evaluar y valorar lo que los alumnos ya saben y saben hacer, más que sus fallos.
- acoger y valorar todas las competencias, las capacidades, las actitudes.

Si estamos de acuerdo con estos principios (y probablemente con otros que puedo haber olvidado), basta con que la formación de los futuros enseñantes esté en coherencia con ellos. Es decir, que sea una escuela fundada sobre el protagonismo de los alumnos, sobre el método de la investigación, sobre el rechazo del dogmatismo y del autoritarismo, que desarrolle la creatividad, que valore y que haga crecer todos los lenguajes, etc. Lo que no puede funcionar es la actual situación en la cual obviamente cambian los contenidos que los docentes universitarios transmiten a sus alumnos y futuros maestros (y probablemente los nuevos contenidos son los que antes decíamos) pero sin cambiar en sustancia el método de enseñanza que continúa siendo dogmático, transmisor, basado en la competitividad, etc. Y no funciona. ■